

INTELECTUALES UNIVERSITARIOS Y MILITARES, ¿QUÉ (NO) HICIMOS DE NUESTRA GUERRA DE MALVINAS?

Por **ROSANA GUBER**

Palabras Clave:

- > Guerra de Malvinas
- > Intelectuales universitarios
- > Intelectuales militares
- > Marcos interpretativos

Resumen

Este artículo presenta una reflexión acerca de los tres marcos interpretativos desde los cuales los intelectuales universitarios y militares de la Argentina hemos entendido la Guerra de Malvinas/Falklands contra el Reino Unido en 1982.

Este texto presenta cómo estos marcos dieron y aún dan sentido a lo sucedido entonces, el por qué de su extraordinaria vigencia y, también, las limitaciones que de ellos derivan al momento de encarar la investigación del evento y, particularmente, la comprensión de sus dos novedades: ser la única contienda internacional del siglo XX en la cual nuestro país fue el principal contendiente, y ser la única guerra internacional en que participó la Argentina y que incluyó a conscriptos argentinos. Se ofrecen aquí algunas hipótesis acerca de las limitaciones y derivaciones de esos marcos interpretativos¹.

Expongo en estas páginas algunas observaciones que resultan de mis trabajos sobre parte de aquello que en nuestro país llamamos “Malvinas”. Desde 1989, es decir, siete años después del conflicto anglo-argentino por las Malvinas e Islas del Atlántico Sur ocurrido en 1982, vengo tratando de comprender qué hicimos los argentinos de un evento que trajo, al menos, dos novedades: fue la única guerra internacional en la cual participó la Argentina como

1. Este texto es una reelaboración de la conferencia homónima presentada al simposio “A 40 años del conflicto de Malvinas: Reflexiones estratégicas, operacionales y tácticas”. CEFAA - Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas - Escuela Superior de Guerra Conjunta. CABA, 24 de mayo. Agradezco al director de la Escuela Superior de Guerra Conjunta, Bríg. Fernando Valentich, y a los Coroneles Alberto Aparicio y Juan Carlos Marosero, así como a la Dra. Eliana de Arrascaeta, por esta invitación. También agradezco profundamente la lectura cuidadosa de Héctor D. Tessey, Alejandra Barrutia y Daniel Chao.

✓ ARTÍCULO CON REFERATO

El clima de unión entre los argentinos mostró que la gesta de Malvinas aparecía como una iniciativa política exitosa. De inmediato, la población entendió que debía apoyar a sus fuerzas en las islas, y lo hizo en nombre de sus hijos, los soldados.

principal contendiente durante todo el siglo XX, y fue la única guerra internacional en la cual participaron soldados conscriptos argentinos junto a sus Fuerzas Armadas, desde la creación del Servicio Militar Obligatorio en 1901.

En estos años emprendí varias investigaciones tratando de aprovechar los conceptos teóricos de mi disciplina, la antropología social, y la aproximación metodológica que los antropólogos sociales llamamos “etnografía”, el estudio *in situ* de distintas maneras de sentir, actuar y pensar a las que nos son habituales, y dejándonos guiar por nuestros interlocutores en vez de imponer nuestros puntos de vista y nuestras nociones. El arte de la etnografía es, precisamente, aprender a comprender a otros grupos humanos y sus perspectivas acerca de la vida, el pasado y la experiencia. Para lograrlo necesitamos que esas mismas personas sean las que nos indiquen cómo conocerlas, qué y cómo preguntar, qué y cómo observar y escuchar, qué y cómo registrar.

Me recibí de Licenciada en Ciencias Antropológicas en 1981 en la Universidad de Buenos Aires y empecé a investigar en un equipo que indagaba las problemáticas de las villas miseria. Precisamente aquel viernes 2 de abril en la Villa Tranquila de Avellaneda, escuché por radio en la casa de Doña Silveria que las islas habían sido recuperadas. En 1986 decidí ir a Estados Unidos a

hacer un doctorado en antropología, para empezar a entender qué había sido Malvinas para los argentinos. No me bastó haber sido contemporánea de aquellos 74 días. Necesitaba cierta distancia de lo que solía decirse sobre el tema y, también, de mi propio medio académico. En suma, mi carrera de investigadora coincidió con estos años de posguerra de Malvinas y con 39 de esforzada democracia. Poco antes de cumplirse la primera década, empecé mi “trabajo de campo”, esto es, empecé a verles las caras a quienes habían estado allá, a conversar con ellos y, a veces, a preguntar.

¿Por qué esta introducción histórico-personal? Porque nadie puede conocer desde ninguna parte. Las personas tendemos a pensar dentro de nuestra época y desde nuestra sociedad. Esto no se debe a que la época y la sociedad impongan una forma de pensar homogénea, sino porque las personas, también los investigadores, pensamos desde las preguntas y los debates que se generan en nuestro tiempo. También desde los silencios. Dicho más académicamente, nuestros marcos interpretativos están orientados a resolver problemas que marcan a las sociedades en nuestras épocas. Por eso, no podemos hacer cualquier pregunta, sino la que consideramos significativa según los ejes de discusión o debate que vertebran a nuestro grupo social de pertenencia. No se trata de cualquier debate, sino

del que consideramos relevante, necesario, hasta urgente. Desde aquí, formulamos ciertas preguntas que, a su vez, habilitan a abrir cierto rango de respuestas.

Seguidamente, presentaré cuáles identifico como nuestros principales marcos interpretativos para pensar Malvinas y cómo afectaron nuestra comprensión y nuestra investigación acerca de lo sucedido en 1982.

Mi tesis es que en estos 40 años los intelectuales, principal pero no solamente los universitarios, tendimos a moralizar el debate sobre Malvinas y, de ese modo, clausuramos las preguntas de investigación a unas muy pocas posibles. Así, nos fuimos obligando a pensar y a debatir en un marco relegando el tema de la guerra al ámbito informal de los pasillos y del sentido común. Quizás el lector crea que hay toneladas escritas sobre el tema, pero me gustaría mostrar que los marcos que fuimos adoptando en estas cuatro décadas fueron básicamente los mismos, y que los dos más importantes eran anteriores a 1982. Por consiguiente, en general, produjimos textos en los que pasamos por alto las dos novedades a las que me referí al comenzar este artículo: que Malvinas fue la única guerra de carácter internacional en la que la Argentina fue principal país contendiente y la única en la cual participaron conscriptos.

Si los marcos interpretativos nos autorizan a hacer preguntas y



dar respuestas dentro de ciertos rangos posibles, el razonamiento se vuelve circular. Esto conduce a dos enfermedades que suelen ser letales para la investigación (y para los objetos que estudiamos): saber lo que se va a encontrar y concluir sin nuevas preguntas.

Mi propuesta es que las posiciones dominantes para hablar de la guerra de Malvinas en la investigación argentina se consideran según moralidades establecidas a las que se supone independientes de la historia y de la coyuntura política. Fue, precisamente, la cercanía y hasta la dependencia y la subordinación a esas coyunturas lo que anegó este campo de estudios en razonamientos previsibles y clausurados.

Una causa con historia

Para 1982, la de Malvinas era una causa territorial de soberanía pendiente y ya bastante politizada, esto es, presente en la sociedad y el sistema político como instrumento o recurso de poder. Esa politización había atravesado distintas etapas de

la organización de la Nación y tenía dos particularidades: su continuidad, pues desde 1833 todos los gobiernos reclamaron la devolución de las islas ocupadas por una pequeña fuerza naval británica, y su pluralidad, porque semejante continuidad fue posible por la activa intervención de sectores políticamente contrapuestos. Así, Malvinas no sólo existía en los silenciosos y reservados dominios de la diplomacia argentina, sino en la arena pública.

Esto descubrieron intelectuales de muy variada afiliación y procedencia, que empezaron a dar sustento a Malvinas como cuestión de Estado y como causa nacional y popular. Devenir en una causa nacional y popular significó introducirla como un “problema” caro a los argentinos.

Suele decirse que aprendimos Malvinas en la escuela primaria. Probablemente, pero no estoy segura de que fuera por ser parte de la currícula escolar. De hecho, es difícil encontrar referencias a la historia de su ocupación francesa primero, española luego y rioplatense

CV

ROSANA GUBER

Es Investigadora Superior del CIS-IDES/CONICET, Argentina y desde 2001 dirige la Maestría en Antropología Social (IDES/IDAES, UNSAM). Desde 1989 investiga memorias y experiencias argentinas del conflicto argentino-británico por las Malvinas e Islas del Atlántico Sur (1982), particularmente las de quienes fueron conscriptos, pilotos del Grupo 5 de Caza de la Fuerza Aérea, y marinos de la Flota, del arma de Submarinos, de la Infantería de Marina y de la Aviación Naval. Al respecto, publicó varios artículos en revistas especializadas y de divulgación, y los libros *¿Por qué Malvinas?* (2001), *De chicos a veteranos* (2004), *Experiencia de halcón* (2016) y directora del volumen *Mar de guerra* (2022).

después. La presencia argentina y la subsiguiente ocupación británica no aparecen como temas de los manuales, ni de los cursos de Historia. Sólo en los mapas figuran las Islas Malvinas, Georgias del Sur, Sandwich del Sur y el sector Antártico. La incidencia de la escuela en el desarrollo de la causa Malvinas es paralela a la temprana alfabetización de la población argentina, que coincide con el progresivo involucramiento de los intelectuales que hablaban de Malvinas, el colonialismo británico y los derechos argentinos.

La cuestión de la ocupación británica de las Malvinas le llegaba a la sociedad a través de la letra escrita en periódicos y diarios, libros y revistas, pequeños volúmenes de divulgación histórica y de ensayo político. Varios de aquellos textos se publicaron en fechas patrias (en 1910, con motivo del centenario de 1810, Paul Groussac) y alusivas a la pérdida de las islas y de la soberanía económica (por ejemplo, 1934, un año después del Tratado Roca-Runsiman y del centenario de 1833). Así,

para 1982 y aunque sin demasiado detalle, los derechos argentinos a los archipiélagos sudatlánticos eran bastante conocidos en este país. En consecuencia, para cuando llegó la noticia de la recuperación de las islas el 2 de abril de 1982, “todo el mundo sabía” que “las Malvinas son argentinas”, que estaban ocupadas por “Inglaterra” y que debían ser recuperadas. Ese consenso dio lugar, después del 2 de abril, a lo que los antropólogos llamamos *communitas*, una época de unidad, igualdad y fraternidad, un paréntesis de profunda y genuina solidaridad e integración nacional. Sin embargo, y como también sabemos los antropólogos, el primado del *communitas* debe concluir en algún momento. En este caso duró 74 días.

Lo extraño de esta concordia es que se producía bajo un régimen autoritario o, como decimos en la Argentina, “la última dictadura militar”. Era el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional que, antes del 2 de abril, ya era impopular debido a la oscilante política

económica, a la clausura política y, finalmente, a razones humanitarias. Reiterando un dato bien conocido en los comentarios que se hacían en aquellos tiempos, tres días antes, la policía había reprimido duramente una gran marcha sindical que contaba con el apoyo de todo el arco partidario todavía proscripto. La consigna explícita era “Paz, Pan y Trabajo”; la implícita era por la apertura política. Llegó el 2 de abril y los presos del 30 de marzo, el secretario general de la CGT entre ellos, fueron liberados para celebrar la recuperación territorial. El clima de unión entre los argentinos mostró que la gesta de Malvinas aparecía como una iniciativa política exitosa. De inmediato, la población entendió que debía apoyar a sus fuerzas en las islas, y lo hizo en nombre de sus hijos, los soldados. El apoyo se reforzó en manifestaciones y contribuciones cuando comenzó la guerra, el 1° de mayo. Sin embargo, sería apresurado y simplista leer al respaldo popular, público y entusiasta como un apoyo a esa administración, tal



La recuperación de las Malvinas gozó de enorme legitimidad político-militar dentro y fuera del país. Y esto ocurría en 1982, es decir, después de los años aciagos de lo que algunos llaman “guerra sucia”, “guerra contra la subversión” y otros “terrorismo de Estado”. Sin embargo, y como es evidente, reconocer la legitimidad de la recuperación por parte de esas Fuerzas Armadas y encolumnarse detrás de ellas en el campo de batalla no se vivía como algo contradictorio.

como lo demuestra la investigación de Sofía Vassallo y Juan Natalizio². Cuando el general Leopoldo Fortunato Galtieri que presidía la Junta militar salió al balcón de la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo nacional, no fue aplaudido por la multitud reunida en la Plaza de Mayo por su persona ni por su investidura, sino por el desembarco en la Isla Soledad. Ciertamente, es difícil imaginar cómo alguien –retratado como políticamente básico por sus contemporáneos– hubiera podido evitar “marearse” en un escenario más propio de otros tiempos, e inaugurado como sitio político junto a los orígenes del peronismo. En el ’82, el general debió escuchar que algunos sectores congregados vivaran la plaza de Perón y de Malvinas, no a los militares del gobierno; sí a los militares en Malvinas.

La noticia de la llegada argentina a Port Stanley (Puerto Argentino) suscitó en la población perplejidad primero, entusiasmo después, y respaldo político, material y humano de ahí en más y hasta la tarde de la rendición argentina el 14 de junio. La recuperación tuvo el casi absoluto consenso de la población argentina

residente en el país, incluyendo a los presos políticos que se ofrecían para ir al frente y a las presas políticas que ofrecían su sangre para los heridos. También el apoyo de la población argentina residente en el exterior, particularmente los exiliados, en su mayoría intelectuales, que en sus declaraciones públicas se esmeraban por distinguir su apoyo a la recuperación anti-colonial del apoyo al régimen. Por su parte, las jefaturas de todos los partidos políticos, pese a la veda, partieron a distintos países para explicar a los gobiernos con los que tenían afinidad ideológica, la decisión argentina... no de “la dictadura”. En suma, la recuperación de las Malvinas gozó de enorme legitimidad político-militar dentro y fuera del país. Y esto ocurría en 1982, es decir, después de 1976 y 1977, los años aciagos de lo que algunos llaman “guerra sucia”, “guerra contra la subversión” y otros “terrorismo de Estado”. Sin embargo, y como es evidente en las “ofrendas” de presos políticos y exiliados a la unidad nacional y anti-colonial, reconocer la legitimidad de la recuperación por parte de esas Fuerzas Armadas y encolumnarse detrás de ellas en el

campo de batalla no se vivía como algo contradictorio.

Las cavilaciones y los planteos vinieron después del 14 de junio, con la derrota argentina ante Gran Bretaña y con el “diario del lunes” en la mano. A partir de entonces comenzó a hablarse de “la aventura de Malvinas”, terminó el clima de *communitas* y se inició otra etapa. Había demasiado que explicar (o justificar), no sólo por parte de los militares en el gobierno o, más bien, saliendo de él, sino por parte de todos aquéllos que habían participado y, por eso, habían hecho posible aquel emprendimiento de unidad. Claro que no todos los sectores lo hicieron.

La paradoja de Malvinas

Comenzaba la posguerra y, simultáneamente, el final político del “Proceso”. Las reflexiones orales y los textos que se publicaban en los medios y revistas trataban de resolver la desazón, la rabia y hasta la sorpresa de la derrota, buscando identificar a “los culpables”. Obviamente todo

2. Juan Natalizio y Sofía Vassallo son miembros del Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús.

La paradoja de Malvinas dice así: una causa nacional y popular, considerada justa y anti-colonial por el pueblo argentino, fue encarada por un régimen dictatorial, impopular y anti-popular.

el peso cayó sobre los autores de la iniciativa político-militar, es decir, sobre quienes habían detentado el poder militar y el poder político: los dueños del régimen que imperaba desde el 24 de marzo de 1976. Sin embargo, una cosa es ser el autor de la iniciativa y del desplazamiento de tropas, su logística y el planeamiento estratégico que incide en el desarrollo táctico, y otra cosa es ser los únicos protagonistas políticos de semejante acontecimiento. Y si bien la concentración de poder político y militar no era nueva para los argentinos, esta vez sus límites de acción se habían ampliado como nunca, hasta traspasar las fronteras (incluyendo a Chile, una casi guerra que quedó en la memoria de ese país como algo más que un simple recuerdo).

La noticia del 2 de abril suscitó, al principio, gran perplejidad porque días antes el régimen había reprimido a los argentinos en las calles. Ahora recuperaba las Islas con una prédica anti-colonial más propia de aquellos sectores a los que había enfrentado. Esa misma perplejidad regresó, ya a modo de pregunta/acusación, ni bien se conoció el resultado de la contienda, y se expresó en el formato de una paradoja que, a mi juicio, presenta el nudo problemático de la relación de los argentinos con el conflicto bélico de 1982.

La paradoja de Malvinas dice así: una causa nacional y popular, considerada justa y anti-colonial por el pueblo argentino, fue encarada por

un régimen dictatorial, impopular y anti-popular. En forma de pregunta, la paradoja decía que ¿Acaso una causa nacional y popular, considerada justa y anti-colonial por el pueblo argentino, podía ser acometida por un régimen dictatorial?

Una paradoja es una afirmación con dos términos que están en contradicción, que son incompatibles. Pero la particularidad de la paradoja es que esa contradicción es aparente. Por eso, las paradojas son interesantes: nos mueven a pensar en la contradicción y a re disponer sus términos, es decir, nos invitan a debatir sobre si la contradicción entre los términos es real o supuesta. Esto tiene varias derivaciones porque nos obliga a evaluar lo ocurrido, nuestra propia posición en su transcurso y los futuros cursos de acción posibles. Eso siempre y cuando mantengamos a los dos componentes en relación, esto es, no desechemos ninguno de los dos elementos de la afirmación y, sobre todo, su articulación desafiante.

Como veremos a continuación en las posiciones prevalecientes con que tratamos de explicarnos el conflicto bélico, los argentinos hemos ignorado uno de los dos términos y, por lo tanto, el sentido de su contradicción aparente. Lo hicimos de dos maneras, al principio, y agregamos otra, a los 25 de la posguerra. Veamos.

La rendición argentina, técnicamente llamada “capitulación”, ante Gran Bretaña dio lugar inmediata-

mente a dos posiciones que trataban de resolver la paradoja para ubicarse (al hablante y a su sector político y/o social) ante lo ocurrido (el entusiasmo bélico) y ante lo que estaba por venir (la caída del “Proceso”, las elecciones y la ocupación de cargos en la nueva gestión democrática). Las primeras dos posiciones nacieron al terminar la guerra, pero retomaban algunas afirmaciones del período prebélico. Aunque la vigencia de cada una continuó hasta la actualidad, fueron revitalizadas en distintas coyunturas políticas nacionales.

Una primera línea entiende que todo se justifica si se recuperan las tierras irredentas, sin importar el signo político del gobierno que lo lleva a cabo. Dado que las islas fueron reocupadas por Gran Bretaña, es necesario seguir sosteniendo la causa de Malvinas como justa, porque hablar de la incapacidad y la deslegitimación de la tercera junta (Galtieri-Anaya-Lami Dozo) sólo abona el argumento británico. Así, más allá de los errores cometidos por la conducción político-estratégica nacional, la recuperación vale por sí misma. Los militares argentinos, entre ellos sus soldados, ofrecieron dura batalla. Esta visión pudo empezar a hacerse pública en 1987 con el levantamiento de oficiales medios y subalternos del Ejército contra su Estado Mayor y, de hecho, contra el Poder Ejecutivo Nacional (el periodismo llamó a los rebeldes

“carapintadas”). Dicho levantamiento reclamaba el respaldo de la autoridad institucional de la Fuerza ante los crecientes juicios por crímenes de lesa humanidad, pero en el encuentro entre el presidente Alfonsín y los oficiales en la guarnición de Campo de Mayo, provincia de Buenos Aires, la experiencia de algunos en las Islas tomó un lugar insospechado. Después de parlamentar, el presidente regresó a Plaza de Mayo y desde el habitual balcón de la Casa Rosada dio por cerrado el conflicto de Semana Santa. Anochece el domingo 19 de abril y en la apertura de su discurso el presidente Raúl Alfonsín dijo que algunos de los rebeldes eran “héroes de Malvinas”. Esta línea interpretativa, que en otras publicaciones llamé “heroica”, tuvo diversa presencia política, y pese a sus vaivenes llegó a ocupar el segundo lugar en la principal provincia argentina, Buenos Aires. Ahora bien, cabe aclarar que esta relación entre coyuntura política y línea interpretativa con respecto a Malvinas en 1987 no significaba que la línea heroica

haya sido generada por el levantamiento. En rigor, su base argumental fue la misma que sostuvo la mayoría de los argentinos en su respaldo a la recuperación de 1982. Con matices, esta posición es compartida por la mayoría de los veteranos de guerra, tanto conscriptos como militares. La segunda línea interpretativa afirma que Malvinas fue una nueva victimización de los argentinos, encarnados en los conscriptos, por parte de las Fuerzas Armadas. Habitadas a perseguir civiles desarmados –dice–, torturaron a los soldados, huyeron del campo de batalla y rindieron la plaza a los británicos. Esta línea, que llamé “dictatorial”, sostiene, como su contraria, que la causa de soberanía por Malvinas es nacional y justa, pero afirma que la guerra fue “un manotazo de ahogado de la dictadura genocida”, con oscuros y mezquinos propósitos: perpetuarse en el poder. Esta línea de razonamiento comenzó a esgrimirse casi inmediatamente después de la derrota y prevaleció durante la transición democrática, cedió con

el levantamiento del '87 y resurgió desde 2003, especialmente en los medios académicos y universitarios, y ocupó alguna dirección del Estado Nacional. Su revitalización acompañó las nuevas series de juicios por crímenes de lesa humanidad tratando, infructuosamente, de condenar a oficiales que estuvieron en las islas.

A los 25 años, en 2007, aparecieron algunas voces que cambiaron el eje argumentativo, diciendo que sostener la cuestión de política exterior por Malvinas como si fuera una causa nacional y popular nos trae más problemas que soluciones, y es apropiada por los gobiernos populistas y por sectores autoritarios, como en 1982. De lo que habría que ocuparse es de la cuestión diplomática de un modo que no afecte la inserción argentina en el mercado mundial. Esta posición es reivindicada por algunos intelectuales que se han alineado con la oposición al peronismo en el siglo XXI.

Las dos primeras líneas son las más difundidas y se desarrollan en una relación especular.



La recuperación vale por la función militar de las Fuerzas Armadas, para la primera, y la pérdida de las islas se debe a la función política de las Fuerzas Armadas, para la segunda. Las Fuerzas Armadas pelearon, según la primera; las Fuerzas Armadas no pelearon, para la segunda. Los soldados fueron combatientes, para la primera; los soldados fueron chicos torturados y abandonados por sus superiores, para la segunda. Toda oposición de este tipo esconde una coincidencia que es su objeto en disputa y al que ambas valorizan. Aunque excede los límites de estas páginas y el estricto marco temporal del conflicto bélico, podría ofrecerse a modo de hipótesis que ambas líneas compiten en atribuirse la capacidad de defender a la Patria y representar la unidad de la Nación.

En todo caso, los intelectuales fuimos ingresando a esta contienda desde alguna de estas posiciones que afectaron, indefectiblemente, el tipo de preguntas de investigación y el rango posible de conclusiones.

Las posiciones o marcos interpretativos post dictadura se enuncian en términos morales: lo heroico, lo dictatorial, lo abusivo, lo valeroso, etc. Cuando los marcos interpretativos se plantean como moralidades que autorizan o deniegan lo que puede ser dicho, preguntado, pensado y enunciado, no hay discusión académica, ni conocimiento, sólo confirmación. La investigación empírica termina siendo subsidiaria del enunciado moral; importa que las conclusiones coincidan con determinadas líneas de pensamiento o, como se suele decir, con determinada teoría. Conviene recordar que la teoría nos permite entender, y que, sin conceptos, ni enfoques teóricos no existe la investigación. Pero también es cierto que subordinarse a la teoría antes de, o pese a los datos que vienen del campo desemboca en elaboraciones donde los investigadores le hacen decir "a la realidad" lo que de antemano, ellos desean que les dijera. Cuando se trata de Malvinas este giro se parece al dogmatismo y a la exotización.

Desarmando la contradicción aparente

Hace más de un siglo que los antropólogos venimos analizando el fenómeno por el cual algunos humanos son considerados como absolutamente distintos porque sus comportamientos, normas y valores nos resultan ininteligibles. En base a nuestros estudios hemos tratado de mostrar que, aun cuando no obedezcan a los dictados morales de la civilización europea, los pueblos llamados "salvajes" o "bárbaros" tienen orden, coherencia, lógica e historia. En verdad, el punto es que el reconocimiento de ese "Otro" como exótico denuncia la existencia de una relación social, pues nadie es exótico *per se*, sino desde quien así lo ha rotulado. La exotización ha expresado esas relaciones en el nivel global y regional. Pero también existen exóticos en el nivel nacional.

Las guerras son usinas potentes de exotización. El enemigo es siempre retratado como otro sin moral y sin principios, aunque sea un viejo conocido, tal cual muestra la acusación rusa al presunto



En aquel entonces causa nacional y dictadura no fueron percibidos como irreconciliables, ni siquiera por “enemigos” del régimen, como los intelectuales exiliados y los presos políticos. Todos ellos postergaron sus reparos al gobierno mientras destacaban la justicia de la medida anticolonial, y asumían la emergencia bélica, acompañando la decisión político-militar del régimen por medio de movilizaciones masivas hacia las plazas públicas y, también, hacia la guerra.

nazismo ucraniano. En las guerras se exotiza a los pueblos y a los combatientes. Después del 14 de junio (¡recién después del 14 de junio!), las Fuerzas Armadas se convirtieron en un blanco preferido de exotización para la sociedad civil y para algunos sectores políticos que habitaban, especialmente, la academia universitaria. Fue desde estos ámbitos que la paradoja de Malvinas se mantuvo vigente a lo largo de estos 40 años. Volvamos a ella.

Una causa popular y nacional por una cuestión de soberanía pendiente acometida por un régimen dictatorial.

En primer lugar, sería muy sencillo demostrar que no hay ninguna razón por la cual un régimen dictatorial se vea impedido de ocupar territorios irredentos y, simultáneamente, ser celebrado por su pueblo. Los casos son innumerables en el pasado y en el presente. El caso de Malvinas es uno de ellos. Causa popular y gobierno dictatorial fueron juntos y fueron recibidos juntos, porque así lo expresó la reacción popular desde que tuvo noticia de la recuperación territorial. Sin embargo, en aquel entonces causa nacional y dictadura no fueron percibidos como irreconciliables, ni siquiera por “enemigos” del régimen,

como los intelectuales exiliados y los presos políticos. Todos ellos postergaron sus reparos al gobierno mientras destacaban la justicia de la medida anticolonial, y asumían la emergencia bélica, acompañando la decisión político-militar del régimen por medio de movilizaciones masivas hacia las plazas públicas y, también, hacia la guerra. Pero, como ya señalamos, ese acompañamiento no fue ni automático ni incondicional, porque el pueblo, las masas o como se prefiera denominar a la multitud reunida en los espacios públicos, no vivaban a los militares en función política, sino en su función militar. Esta condicionalidad permitió el rápido cambio de posición ni bien se conoció la rendición (lo que muchos llaman “exitismo”, una adjetivación que no parece aplicarse a la “lealtad” observada durante 17 años de proscripción política y de exilio de otro militar: Juan Domingo Perón). En este clima, los militares regresaron de las islas a sus unidades, y las tropas a sus casas y a sus pueblos. Desde el 15 de junio de 1982, la atención civil se focalizó en el cambio de régimen y la apertura política, por una parte, y en los soldados que volvían del frente, por la otra.

Los ex soldados eran los únicos protagonistas directos de la guerra

que no iban a ser responsabilizados por la derrota. Representaban al “pueblo en armas” y a la Nación, según lo establecía la ley del Servicio Militar Obligatorio de 1901. Así lo estipulaba la Constitución Nacional que en su artículo 21 consideraba a la conscripción como un deber cívico por el cual “todo ciudadano argentino está obligado a armarse en defensa de la Patria y de esta Constitución, conforme a las leyes que al efecto dicte el Congreso y a los decretos del Poder Ejecutivo Nacional”. Y los soldados habían cumplido. Pero su potencia política ya como ex soldados provenía de haber representado a la sociedad civil, al pueblo, en el campo de batalla. Durante la presencia argentina en las Islas, las colectas eran para ellos, igual que las cartas, las declaraciones de los sindicatos y de los partidos políticos. El trato era distinto para los oficiales y suboficiales que estaban haciendo aquello para lo cual habían sido formados, la guerra. La atención especial era para “los hijos de los trabajadores y del pueblo argentino” que ahora estaban defendiendo la soberanía recuperada en el Atlántico Sur. Claro que después del 14 de junio las cosas cambiaron: ahora las Fuerzas Armadas deberían rendir cuentas a la ciudadanía.

A lo largo de estos 40 años, los ex soldados tendieron a ser escuchados e interpretados desde consideraciones no bélicas sino político-represivas, desde un escenario de conflicto interno, no internacional.

Cuando todo terminó, los soldados volvieron a sus redes familiares y vecinales, a sus barrios y a sus ciudades, pueblos y parajes. Suele decirse que no querían hablar por los traumas de la guerra o por el compromiso de silencio firmado en los centros de confinamiento previos a obtener la baja. Es posible, aunque es difícil creer que tal compromiso institucional con Fuerzas desprestigiadas se hubiera cumplido a rajatabla y en todos los casos. ¿Acaso ninguno de los miles de jóvenes que pudieron regresar le comunicó absolutamente nada de su experiencia a sus padres, ni a sus hermanos y primos, ni a sus amigos, ni a sus novias? Lo que también sucedió fue que, al empezar a contar lo vivido, los recién llegados se encontraron extrañados de quienes los esperaban. Y la recíproca. Ni ellos sabían cómo hablar, ni sus familias, compañeros y vecinos sabían cómo escucharlos. Ya fuera por temor a que recordar les hiciera daño, o por las preguntas superficiales, banales o simplemente estúpidas (¿mataste? ¿tuviste hambre? ¿tuviste frío?), era evidente la incomprensión básica del hecho de la guerra. Los marcos interpretativos que analizamos más arriba fueron parte importante de los intentos para entender qué había pasado, y esto tanto para quienes fueron concriptos como para sus contemporáneos en el continente.

Mientras tanto, y en aquellos primeros años, los ex soldados

empezaron a ser escuchados por los científicos sociales de las universidades de la nueva etapa democrática. Por mucho tiempo, los ex soldados fueron los únicos interlocutores social y políticamente aceptables para sociólogos, antropólogos, psicólogos y trabajadores sociales. Estos jóvenes tenían experiencias novedosas y habían luchado y sufrido al lado de aquellos militares. Pero este entendimiento se sostenía sólo durante las entrevistas. A la hora de interpretar los datos y de escribir la monografía, el informe o la tesis, era necesario adoptar cierto marco interpretativo aceptado en la academia de entonces. Ese marco remitía a los crímenes de lesa humanidad y al terrorismo de Estado. Desde esta perspectiva, los soldados que habían combatido en el Atlántico Sur, especialmente en el medio terrestre contra las fuerzas británicas, terminaban siendo caracterizados como “abusados” por sus superiores, en un conflicto político-militar interno.

Interpretar la guerra de Malvinas como un campo clandestino de detención insular –el marco interpretativo al que llamé dictatorial– evaporó el hecho bélico, mientras que los soldados empezaron a ser retratados fuera de la guerra y de la estructura militar que los había entrenado, llevado a las islas y, en muchos casos, gracias a la cual pudieron regresar con vida. Los soldados fueron convertidos en jóvenes torturados por agentes del

Estado terrorista, ajenos a su función militar. Así, tanto las sanciones disciplinarias como las privaciones logísticas, los rigores del clima subantártico, el hambre, las obvias heridas físicas y psíquicas de cada uno pasaron a alimentar la incriminación de “los militares”, más que la visualización de los rigores que conlleva toda guerra. Esto, ciertamente, no elimina las responsabilidades de la trama estratégica y la improvisación logística que afectó a algunas unidades. Pero muchos de los ex soldados que afirman la victimización de sus propios superiores, como rasgo distintivo de su protagonismo en Malvinas, carecen y entonces carecían de elementos para atribuir las faltas a la decisión omnimoda de sus superiores, al cerco y avance británico, y a la disciplina básica de toda unidad de operaciones. Por eso y a lo largo de estos 40 años, los ex soldados tendieron a ser escuchados e interpretados desde consideraciones no bélicas sino político-represivas, desde un escenario de conflicto interno, no internacional.

De la mano de los intelectuales universitarios, la guerra de Malvinas se convirtió en una cuestión suplementaria de la gran estrella temática de las Ciencias Sociales en la Argentina hasta fines de los años ‘90: los “derechos humanos”, las organizaciones humanitarias y los desaparecidos. Lejos de merecer atención por derecho propio, el hecho bélico terminó pulverizado jun-



to a las dos novedades que nos trajo 1982: la única guerra internacional protagonizada por la Argentina como país contendiente, y la única instancia bélica en la cual participaron conscriptos en un campo de batalla internacional al lado de sus Fuerzas Armadas. En este acto de magia conceptual desaparecieron de nuestras investigaciones dos actores centrales del drama bélico: el militar profesional argentino en su función de defensa, y el enemigo británico.

Ahora bien. El mundo militar también tenía sus intelectuales y sus académicos. ¿Qué sucedió con ellos? El primer aporte analítico y sistemático sobre la guerra estuvo a cargo de los seis militares retirados que elaboraron la investigación conocida como "Informe Rattenbach", así designado por quien fuera su presidente, el general Benjamín Rattenbach. Su nombre oficial es Informe CAERCAS, Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur. Dicho Informe fue requerido por la cuarta junta del "Proceso" y su

presidente, el general Bignone. Al culminar la obra, sus materiales, testimonios y elaboraciones fueron clausurados al público y caratulados como "secretos" "hasta tanto se logre la efectiva soberanía sobre las Islas Malvinas, las Islas Georgias del Sur y las Sandwich del Sur" (decreto 2971/83). Esto es, *sine die*.

Mientras tanto, las oficinas de cada Fuerza elaboraron algunos informes institucionales con datos provenientes de las planillas y registros administrativos. El del Ejército "de tapa azul" y dos tomos es un reporte con la cronología de los hechos, y nutridos anexos con mapas, tablas y diagramas. La Armada cuenta con informes por arma, como el volumen del almirante Martini³ sobre la aviación naval en Malvinas, que incluye distintas versiones sobre un mismo hecho, por parte de sus protagonistas. La primera obra interpretativa y global sobre esta Fuerza perteneció al almirante Mayorga. La primera edición de su libro *No vencidos*⁴ daba cuenta de decisiones, planeamiento

e improvisación en esta compleja y diversa institución militar, pero fue requisada de los puestos de venta. Después de ser corregida, se publicó nuevamente. El informe aeronáutico del brigadier Rubén Moro se mantuvo casi intacto en su transformación de publicación institucional a volumen de divulgación, aunque el título de este último, *La guerra inaudita*⁵, guarda un tono crítico por parte de la fuerza que acometió la guerra con decisión política y escasa preparación y equipamiento para hacer la guerra en un escenario aeronaval. Con la excepción del implacable Informe Rattenbach, restringido al nivel político y estratégico, ninguna de estas obras totalizadoras llega a revisar críticamente lo actuado por la propia institución. Dado que ni el Ejército ni la Armada contaron con informes interpretativos

3. Martini, Héctor (1992). *Historia de la Aviación Naval Argentina Tomo III*. Buenos Aires.

4. Mayorga, Horacio (1998). *No Vencidos*. Buenos Aires. Editorial Planeta.

5. Moro, Rubén (1996). *La Guerra inaudita*. Editorial Pleamar.

institucionales, la tarea quedó a cargo de oficiales superiores, jefes de unidades tales como el crucero ARA *General Belgrano* y el Batallón de Infantería de Marina 5, en la Armada, y Regimiento de Infantería 7, Regimiento de Infantería 12, III Brigada de Infantería, Grupo de Artillería 3, del Ejército. En *1093 tripulantes, Ganso Verde, Desde el frente y Llagas de una guerra*, entre otros, nos muestran lo ocurrido en la campaña y en los combates, y también cómo justifican los respectivos autores las decisiones adoptadas en el curso de los acontecimientos. Por su parte, los soldados aparecieron, primero, gracias al periodismo que recortaba qué segmento de sus relatos podía ser “más interesante” para el público. Los soldados y los suboficiales jóvenes que decidieron reconstruir sus experiencias bélicas por escrito no siempre disponían de marcos interpretativos profesionales y adecuados para dar cuenta del curso de la guerra y de sus privaciones. En general, esas obras cuentan lo que le sucedió a cada uno y desde la óptica

limitada de la propia posición en el terreno, hasta el punto culminante del combate; luego el regreso y algunas reflexiones. Casi todas estas publicaciones incluyen un racconto de los derechos argentinos a las islas, lo cual confirma la percepción del autor acerca de su legítima presencia en el Teatro de Operaciones.

Es bastante comprensible que, en las carreras militares, sobre todo en las primeras dos décadas de posguerra, los oficiales se hayan abstenido de manifestar perspectivas críticas sobre lo actuado en 1982. Y esto no es sólo por el silencio impuesto desde los sucesivos comandantes. Los altos mandos de las Fuerzas abandonaron el gobierno y, con el tiempo, fueron perdiendo el poder que habían detentado en el pasado. También el prestigio, de cara a las causas judiciales por crímenes de lesa humanidad. Enunciar una perspectiva crítica por parte de un oficial en carrera, que además fuera veterano de guerra, podía dar lugar a interpretaciones equívocas tanto por parte de los superiores como de

los camaradas. Cualquier ambigüedad podía ser interpretada como “un pase al bando contrario” (no me refiero al británico), todo esto en medio de sucesivas presentaciones judiciales “por lesa” y, desde 2007, por crímenes de lesa humanidad cometidos en Malvinas. En constante actitud defensiva ante el mundo político civil, y extinguido el Código de Justicia Militar en 2007, la mayoría de los oficiales veteranos trató de no dar lugar a la confusión. Todo dependía de si la institución habilitaba a sus integrantes a pensar, analizar y hablar de manera abierta, de manera acotada o de manera alguna. Pero la habilitación fue estrechísima y las Fuerzas dejaron poco espacio para el análisis conjunto y para el auto análisis, es decir, para el estudio y la revisión de lo hecho que pudiera conducir a una crítica profunda a la conducción superior tanto de las otras instituciones militares como de la propia. Después de bastante tiempo de conversar con oficiales aprendí que son ellos los más conscientes de los errores, algunos propios de la



Nos concentramos en la materia interna, discutiendo si las Fuerzas Armadas fueron o no las legítimas conductoras y representantes de la Nación, es decir, si fueron o no sus legítimos defensores, si defendieron o no al pueblo que les dio a sus hijos, además del respaldo moral, político y material para defender el territorio nacional.

época, otros por ineptitud e imprevisión, otros por mala fe, como también son ellos los que conocen los aciertos, las cosas bien hechas, los actos valerosos, “el cumplimiento del deber”. Son ellos los que saben cuándo una condecoración fue merecida y cuándo no lo fue.

Nuestra parte de la deuda

Por cierto este es un panorama algo esquemático y su finalidad es ser lo suficientemente provocativo como para interpelar a distintos tipos de lectores. Es verdad que siempre hay hebras solitarias que hacen intentos por abrirse paso en uno u otro sentido. También en el caso de Malvinas. Pero son sólo eso, hebras solitarias y a menudo desoídas y silenciosas que pueden emerger en fechas redondas, como en estos 40 años.

Las dos líneas interpretativas que nos acompañaron hasta ahora y que siguen dominando el debate sobre estos temas se erigen como versiones especulares que representan a la academia civil y a la militar. Pese a evitarse sistemáticamente, universitarios civiles e intelectuales militares vienen manteniendo una relación mutuamente defensiva e incriminatoria. Este eje nos mantiene aferrados y no nos deja pensar en el carácter bélico e internacional de aquella guerra. Preferimos concentrarnos en la materia interna, discutiendo si las Fuerzas Armadas fueron o no las legítimas conductoras y representantes de la Nación,

es decir, si fueron o no sus legítimos defensores, si defendieron o no al pueblo que les dio a sus hijos, además del respaldo moral, político y material para defender el territorio nacional. Para los académicos universitarios los soldados fueron las víctimas del terrorismo de Estado en las islas. Para los académicos militares los soldados fueron combatientes tan incomprendidos como los oficiales y suboficiales que allá participaron. A ambos les sobra pasión, a ambos les falta análisis. Tan innegable es la derrota militar y el cambio del objetivo final a pocos días del 2 de abril, como el desempeño bélico de numerosas unidades militares.

Hoy, a 40 años de Malvinas (y a 39 de otra recuperación, la de la democracia), es sumamente difícil no asociar estas reflexiones a las condiciones que atraviesan las Fuerzas Armadas y la inexistente (o desconocida) política de Defensa. Ni la primera ni la segunda línea de interpretación que hemos presentado dicen sólo verdades, ni tampoco mentiras. Pero este desconcierto no se resuelve legislando sobre el pasado, sino tratando de comprenderlo. Quizás, las condiciones en que se organizaba el Estado argentino allá por 1982 no sean demasiado diferentes que las que rigen en 2022. Quizás, no sea un tema de gobiernos, sino de construcción y funcionamiento estatal. En este sentido, la tercera y última línea interpreta-

tiva que señalamos más arriba sólo quiere atender a la cuestión soberana y confinarla al medio diplomático, mientras intenta desterrar la causa nacional y popular como un instrumento del nacionalismo retrógrado (o de los populismos). Por mejores que sean sus intenciones, este nuevo giro se enfrenta a algunas dificultades. La más seria es, probablemente, que los argentinos tenemos caídos en 1982 que fueron a la guerra para defender un territorio que la República Argentina reclama como propio; que lo hicieron integrando instituciones nacionales que, se quiera o no, estaban integradas por hijos de todo nuestro país; y que ningún sector social o político de la época protestó el empleo de los conscriptos para la defensa. Así lo dejan en claro las conmemoraciones populares de este año 2022 y las donaciones populares para el frente. La muerte en guerra siempre conlleva una mística que se riega y crece, en muchos casos, junto a las familias y a la descendencia, los “deudos” de aquellos caídos. Esto no es bueno ni malo, no es nacionalista, ni retrógrado, ni revolucionario. Es y sucede donde han ocurrido guerras, acaso en todos los rincones del planeta. Como intelectuales podríamos concentrarnos en asumir, con valentía, el pago de nuestra deuda, hacer nuestra propia autocrítica y empezar a estudiar Malvinas como nuestra única guerra internacional del siglo XX y la única en la cual participaron soldados conscriptos. ■